

101304-21
p-10

Nuestros niños

Carta Pastoral del Excmo. y Revdmo.^{mo}
Mons. Francisco Valdés S., Obispo de
Osorno, a sus feligreses, especialmente
a padres de familia y educadores.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Verificación de Imp. y Edición
- 7 JUL. 1962

Amados diocesanos:

Al considerar vuestras preocupaciones acerca de los hijos en esta temporada de iniciación de las actividades escolares, os escribo estos pensamientos, para serviros de orientación pastoral.

Quiero hablaros sobre los niños.

Son los predilectos de Dios. Por ello ocupan el primer lugar en nuestro corazón y la primera preocupación en nuestra solicitud de pastor.

En el rostro de los niños se asoma la Faz de Dios.

Como las flores del campo, el canto de las aves, la poesía y la música, son los niños un recuerdo permanente del paraíso terrenal, de la Creación salida del Amor, del Poder y de la Inteligencia infinita de Dios antes que entrara en el mundo el pecado.

"Dios hizo al hombre —al niño inocente— a su imagen y semejanza".

Es preciso restablecer en él la Divina Semejanza.

Ante los intereses del niño todo un mundo se pone de pie, se inquieta, se hace presente. Es él como la síntesis de los valores de la persona. Es la persona humana; es, entre las creaturas visibles, lo único trascendental: nada existe que valga tanto como la persona humana; todo es para ella. ¡Incomparable valor del niño!

Diríamos que por la mirada del niño se divisa el insondable misterio del origen divino de la vida. Se asoma el Creador.

Cuando el Hijo de Dios se ofreció a redimirnos, se hizo carne, se hizo niño. Porque el niño atrae todas las miradas. El niño conquista todos los corazones. Al menos mientras el hombre no se haya desnaturalizado.

Por eso, a medida que el mundo avanza, crece la preocupación por el niño, por los niños: la preocupación de sus padres por hacerlos felices. La de sus educadores por introducirlos al consorcio humano. La de la sociedad por hacer de ellos hombres y mujeres útiles. La de la Iglesia por elevarlos a la perfecta categoría de hijos de Dios.

Hay padres y madres cuyo cariño, mal entendido, no será provechoso para sus niños.

Hay educadores más preocupados por las técnicas de la pedagogía que por la persona de los educandos.

Hay sectores de la sociedad más interesados en hacer de los niños adeptos para sus intereses que en prepararles un porvenir humano y noble.

Hay sistemas que pretenden reducir al niño educando a un mero factor económico, a un instrumento del Estado, a una herramienta de la producción, a un ser impersonal miembro de una colectividad de seres sin libertad y sin destino.

Son las aberraciones del materialismo en sus diversas formas que amenaza encerrar en sus garras a los hijos de Dios. Hay el materialismo del comunismo ateo y el materialismo del dinero, el de la dictadura proletaria y el de la economía sin alma.

El niño vale mucho más que toda la economía. El Estado es para el niño, y no el niño para el Estado. El niño vale más que la técnica, la producción y el capital. Todo es para el hombre, todo es para el niño.

Pero todas las cosas son de Dios. Los niños son de Dios.

“Nos hiciste, oh Dios, para Ti, e inquieto estará nuestro corazón mientras no descanse en Ti.” (San Agustín).

Hemos de concebir al niño no con la mirada mio-

pe, extraviada, incierta, de quien ignora el misterio del Hombre y de Dios. Hemos de concebirle como el Creador, al crearle, le concibe. Hemos de amarlo como Dios, al redimirle, le ama. Hemos de hacer de él lo que Dios quiere que llegue a ser. No es lícito a nadie falsear su Plan admirable, ni estropearlo, ni impedirlo.

¿Quién se atrevería a corregir una escultura de Miguel Angel?

Los cristianos somos los colaboradores de Dios, los hermanos del Hijo de Dios, sus discípulos, sus apóstoles.

Para proteger a cada niño Dios envía en su guarda a un ser muy superior a él por naturaleza, un ángel. Lo asegura Jesucristo, por más que hoy los sabios materialistas lo pongan en duda. "Sus ángeles —de los niños lo dice— siempre miran la faz de mi Padre que está en los cielos". (S. Mateo 18, 10).

¿Cómo vamos a mirar con indiferencia los cristianos a estos seres en quienes Dios se encanta, porque contempla en ellos no sólo a posibles héroes, posibles genios, posibles bienhechores de la humanidad, sino a sus posibles fieles amigos, sus grandes colaboradores, más aún, sus propios hijos?

Por eso amamos a los niños, como Cristo, que los quiso tener muy cerca: "Dejad que los niños vengan a mí y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos." (Mat. 18,5).

Nos los pone por modelo: "Quien no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él". (Mat. 19,13).

La Iglesia ama los niños con el mismo amor de Cristo. Los sabe destinados a la perfecta y eterna felicidad del cielo.

Por eso los eleva desde el bautismo a la dignidad de hijos de Dios.

Y por eso los defiende de los peligros del error y del abuso.

Siempre Ella ha salido en defensa del hombre amenazado por su eterno y temible enemigo, lobo disfrazado con pieles de oveja, que muda de disfraz en cada período de la Historia.

Hoy en nombre de la Iglesia os hablo del verdadero amor a los niños, de los peligros que los rodean, de los atentados contra el niño, de los fundamentos de su desarrollo y educación, de los deberes que nos incumben acerca de los niños.

Atentados contra el Niño.

Una sutil y funesta serie de atentados en contra del niño se cometen impunemente por vastos sectores descristianizados de la sociedad moderna, sectores regresados al nivel de la barbarie en sus conceptos, en sus sentimientos, en sus usos y costumbres.

Al perderse el sentido de Dios desaparece la virtud fundamental, la que la Sagrada Escritura llama inicio de la sabiduría: el Temor de Dios.

Al aumentarse fabulosamente los excitantes de la sensualidad, especialmente del sexo, crece la excitación.

Se disminuye la defensa que se llama "Temor de Dios" y se aumentan los excitantes.

Con irresponsabilidad imperdonable, sin consideración, se comete la fornicación.

Resultados: fuera de las perturbaciones psíquicas, familiares y sociales propias de la delincuencia sexual, tenemos una cantidad asombrosa, avergonzante de hijos sin hogar, hijos abandonados, hijos sin padre, hijos sin cariño, hijos del vicio de la lujuria. En todas las clases sociales. Hijos que nacen huérfanos, o que ni se les deja nacer.

Problema formidable es en Chile el de los niños vagos. Una estadística señaló treinta y dos mil en diez años. Otra señala el 21% de hijos ilegítimos.

Innumerables los niños delincuentes. No hay ni establecimientos suficientes para cobijarlos, menos para corregirlos, para rehabilitarlos.

Todo debido a la irresponsabilidad de quienes les dieron el ser.

Hay quienes recurren al homicidio para evitar el nacimiento del niño concebido. Este crimen clama al cielo como la sangre del justo Abel, o de los Santos Inocentes de Belén.

El aborto es un crimen penado por el Código Penal de Chile. Penado con excomunión por la Ley de la Iglesia. Penado con el infierno por la Ley Santa de Dios. Pero, bórrese a Dios de la conciencia, toda otra ley resultará ineficaz. El crimen de infanticidio carecerá de sentido, y de maldad.

Dios no puede tolerar impunemente crimen tan atroz. Las naciones donde se burlan sin reparo sus Mandamientos se cavan su propia ruina. Estudiad la Historia Universal.

Para tantos niños abandonados, vagos huérfanos, delincuentes, la conciencia cristiana se ve impulsada a actuar. Es preciso salvar a esos niños. Abre las puertas de la Caridad, que son los establecimientos destinados a la infancia en estado irregular. Establecimientos donde ha de palpitar un alma cristiana dotada de cariño, abnegación, dedicación, para que logren rehabilitarse esas creaturas.

Hoy no bastan ni de lejos tales establecimientos, porque al debilitarse la Fe se ha enfriado la caridad.

Centenares de menores vagan por nuestras calles y estaciones, son conducidos a la cárcel como malhechores. Todas las cárceles se hacen estrechas: la delincuencia va en aumento. Esos reos de hoy fueron

ayer, en su mayoría, niños sin hogar, sin educación suficiente.

Si al menos aquellos hogares que no fueron favorecidos con la fecundidad adoptasen niños abandonados, huérfanos o desvalidos, para darles cariño humano, ofrecerles porvenir.

“Quien acoge a uno de estos pequeñuelos en mi nombre, a mí me acoge”, dice el Señor. (Mat. 18,5).

Conozco un matrimonio con cinco hijos, que ha adoptado 22 niños vagos y les mantiene en una gran casa que les han prestado. El y ella mostraron ser cristianos de verdad.

Hay otros atentados contra el niño, muy en boga, no en el pueblo, sino en las clases que se dicen cultas.

Hay niños a quienes se les quiere eliminar del matrimonio, de la familia, por medios que frustran deliberadamente de su efecto lo que Dios ha destinado para crear la vida.

A tales frustraciones se les llama con eufémicos nombres técnicos, como si la maldad no existiese por cambiársele el nombre.

Se elimina al niño como carga indeseable, como estorbo para la comodidad, para alzar el standard de vida, como peligro para la salud.

Delito de egoísmo que quiere cubrirse con el disfraz de “conveniencia” de orden sanitario, orden económico, orden práctico, orden moderno, siendo que en sí es desorden, porque es antinatural y antihumano.

Sólo la Iglesia, depositaria de la Verdad y custodia de los derechos de Dios y del hombre levanta la voz contra este desorden, nombrando las cosas por sus nombres, señalando los deberes a las conciencias, distinguiendo entre uso y abuso, reprobando actos y costumbres inmorales que tarde o temprano da-

ñan al hombre. La justicia de Dios no quedará frustrada. Ni tampoco su amor a los niños.

Por eso el cristianismo aprecia a todo niño, le abre la vida por su justo cauce, porque sabe que Dios proveerá para que no le falte lo esencial, siendo que alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del valle. Sólo exige para ello que los hombres cumplan con su deber.

La vida no fue dada para gozarla en cualquier forma, sino para cumplir la finalidad que le impuso su Autor. El que cumple será premiado.

Necesidades de los Niños.

Entre los seres vivientes ninguno hay tan necesitado, tan frágil, tan largamente indigente de todo como el hijo del hombre, el niño.

Aunque la Iglesia es madre espiritual, se conmueve, se levanta activa al espectáculo de tantos niños a quienes falta para sus cuerpos alimento, abrigo, vivienda.

Ella quisiera ordenar a todos sus fieles en falange de socorro para salir en ayuda de los niños, para salvar sus vidas preciosas que se pierden por la desidia, la ignorancia, la pobreza.

Tenemos en Osorno la tasa más alta de mortalidad infantil de nuestro País, una de las más altas del mundo. No hay día en que no se vea por las calles de nuestra ciudad, uno o varios cortejos que al cementerio conducen un "angelito". Para qué hablar del número y condición de los que son sepultados en nuestros campos. Es alarmante.

¿Cómo podría la conciencia cristiana, que tiene por ley suprema la Caridad, quedar desinteresada, inoperante, ante este panorama?

Un hermoso ejemplo nos dan en su grandiosa ayuda organizada nuestros hermanos en la Fe nor-

teamericanos, enviándonos por medio de Catholic Relief Services, los excedentes agrícolas que obtienen del Gobierno, y ropa en grandes cantidades colectada en toda la nación. Su auxilio llega a sesenta y dos países. Su destino va especialmente dedicado a los niños. La distribución es efectuada en nuestro país por la benemérita institución Cáritas-Chile.

Sin embargo, pocos cristianos ofrecen algo de su tiempo, sus energías, su ingenio, para aprovechar eficientemente, en una distribución organizada, estos beneficios en bien de la infancia indigente, tan numerosa en nuestros suburbios, en nuestros villorios y campos, donde el pueblo tradicionalmente les llama "la riqueza del pobre".

No se trata sólo de distribuir mecánicamente cosas, sino de acercarse personalmente, de mostrar interés, de enseñar a cuidar, atender, alimentar y tratar a miles de niños que se encuentran en condiciones insuficientes de vida.

No cumpliríamos nuestro deber si no llamásemos a nuestros fieles una y otra vez para enrolarse en los ya existentes movimientos del apostolado económico social, llámense Centros de Madres del Movimiento Habitacional Cristiano TECHO, Conferencia de San Vicente, Centros Parroquiales de Cáritas, Centros Juveniles, Cooperativas, etc.

Nuestro amor al niño no puede quedar en un vago sentimentalismo inoperante, sino que ha de significar acción oportuna y eficaz: "Tuve hambre y me disteis de comer, estuve desnudo y me cubristeis, enfermo estuve y me visitasteis" — dirá el Juez Supremo a los que se activaron en el amor al prójimo. (Mat. 25,35).

Educación por el Hogar.

Nos preocupan los niños por lo que son. Mucho mayor preocupación nos merecen por lo que han de llegar a ser.

Cada niño será, en su ser físico, intelectual y moral, lo que se haga de él en sus tiernos años. En su devenir están implicados los padres —desde una o varias generaciones anteriores: leyes de atavismo— los educadores, el ambiente social, el Estado y la Iglesia. La defección de cualquiera de estos factores trae consecuencias en desmedro del porvenir de cada niño.

Pero es la educación por el hogar el factor que marcará, influenciará, inclinará más profunda y definitivamente al niño.

Si para ser ingeniero, médico, abogado, enfermera o pedagoga se recurre a estudios superiores, profundos y prolongados, se gastan sumas de dinero, esfuerzos y sacrificios, para ser padre y madre de nuevas generaciones ¿no deberían prepararse con solicitud y dedicación todos aquellos que avanza al matrimonio?

Educar es una ciencia, y como tal requiere un estudio.

Educar es un arte, y como tal requiere un método.

Los que contraen matrimonio para llegar a ser progenitores y educadores innatos de sus hijos, han de poseer tal ciencia y dominar tal arte, so pena de frustrar su obra más importante, sus hijos. Ellos serán, ante todo, la resultante de la educación por el hogar.

Esta la base insustituible: de la calidad de los hogares depende el porvenir de la sociedad.

Pero educar por el hogar significa: preocupación

por los hijos, estudio, dedicación a ellos, amor que trae consigo abnegación, renunciás, sacrificios.

Cariño verdadero no quiere decir: mimos, regañas, contemplación. Sino: vigilancia sobre los intereses vitales y ulteriores del niño, de cada niño.

Su salud física: condiciones de higiene, alimentación, ejercicios, descanso, condiciones mínimas de bienestar en la vivienda.

Su salud psíquica: desarrollo progresivo de las facultades, sin excitantes emotivos violentos que perturban tal vez irremediabilmente la mentalidad. Cuántos menores reciben en el cine impropio las peores influencias para su desarrollo psíquico. Cuánta negligencia en protegerlos de este contagio nefasto. Cuánta maldad en empresarios inescrupulosos, en padres negligentes, en autoridades inoperantes.

“Ay del mundo por razón de los escándalos”, dice Dios. Cierlo que no puede dejar de haber escándalos. Pero, “ay de aquel por quien viniere el escándalo” (Mat. 18,7).

Cariño hacia el niño significa seria preocupación por el desarrollo de sus facultades volitivas y mentales.

Formar su juicio: enseñarle a tener por malo e inaceptable lo malo, a amar y desear lo bueno. El criterio es cosa seria y definitiva.

Formar sus hábitos: como se aprende a obrar en los años de formación así se obrará toda la vida. Los hábitos buenos se llaman virtudes, los hábitos malos se llaman vicios. Esto no se aprende por libros. En el hogar se adquieren los vicios o las virtudes.

Formar su carácter: la manera de reaccionar ante las contingencias que la existencia trae consigo, ante el actuar de los demás.

Mucho más importante que llenar su inteligencia de conocimientos, y que dar cumplimiento a todos sus

deseos, es lograr infundir en cada niño un sano juicio, arraigadas virtudes, y un buen carácter. Esto sólo se logra en el hogar, con la ayuda de la Gracia de Dios.

Cariño significa: corrección oportuna, y a veces dolorosa, al no haber de otra manera efecto por medio de palabras. La tolerancia de los defectos, malas inclinaciones y maldades prepara las vidas desgraciadas. A veces es difícil, pero nunca imposible, el corregir a un niño. Al amor de una madre se fundirán las piedras, no resistirán los hijos más extraviados. A las lágrimas de Santa Mónica atribuyó el sublime Doctor de la Iglesia San Agustín su conversión del error y del vicio. ¡Si hubiese más Mónicas habría más Agustines!

Cariño verdadero significa estimular la virtud de los hijos, premiar sus méritos, proponerles altos ideales, mostrarles ejemplos de nuestros héroes de la virtud, los Santos, insinuarles el esfuerzo, la austeridad, el amor al trabajo, al estudio, a lo bello, lo difícil, lo noble y lo sublime.

Cariño significa: diálogo con los hijos y las hijas, con todos y cada uno, con el fin de comprender a fondo a esa nueva persona que ingresa solemnemente a la vida, digna del mayor respeto.

Diálogo que enseña paulatinamente a reflexionar, a conocerse, a formarse, a corregirse, a reaccionar correctamente. Sólo reflexionando surtirán efecto las sanciones y los estímulos. Y se logrará infundir en las almas tiernas de los niños ese cúmulo de bienes de todo orden con los cuales se enriquece el espíritu del hombre.

Cariño significa: veracidad y sinceridad en todo cuanto se le comunica. Cuando se engaña a los niños con amenazas irreales, con ilusiones imposibles, con promesas falaces, con engaños vulgares, ¿cómo se po-

drá exigirles que ellos sean veraces, que no engañen, que no mientan?

Cariño a los niños significa prepararlos para la vida, para ser útiles a los demás, para cumplir siempre su deber, librándolos enérgicamente del egoísmo que carcome muchos sectores humanos, del orgullo que ciega, de la ambición que seduce, de la sensualidad que esclaviza. Esto es lo que agradecerán los hijos para siempre a sus mayores.

Cariño a los niños significa, en fin, no gozar de ellos como de un objeto de lujo, de entretención o de servicio, de libre disposición. Significa, en cambio, tomar conciencia de las inmensas responsabilidades y dar cumplimiento a todos los compromisos contraídos desde el momento en que se les da la vida hasta dejarlos en el umbral de la plenitud de su ser humano.

La mejor herencia que pueden dejar los mayores a sus hijos no consiste en bienes de fortuna, sino en una recta educación. Ni consiste la mejor educación en enseñar mucha ciencia sino fundamentar al ser humano sobre una sana y robusta moral, en equiparlo con convicciones firmes de la verdad religiosa y con virtudes arraigadas que le orienten para el recto uso de su libertad; en abrirle, en fin, los horizontes de la vida, del mundo y de la eternidad.

Ningún bien le será comparable a la Fe cristiana, la mayor riqueza del espíritu, que le ilumine, le consuele, le fortifique y le perfeccione.

Ante el avance prepotente del neo-paganismo, asesino del alma, provocativo y destructor, es indispensable armar a nuestra generación infantil y juvenil de una vigorosa vitalidad cristiana, por el hogar y por la escuela.

Educación: Escuela, Colegio, Liceo.

Sagrado deber y al mismo tiempo inalienable derecho es el que asiste a los padres de procurar a sus hijos conveniente educación.

La escuela, el colegio, complementan necesariamente la educación del hogar; nunca pueden serle opuestos, pues su misión consiste en cumplir, en la formación de los hijos, los deseos, la voluntad de sus padres.

Está es la doctrina conforme a la naturaleza del hombre, es decir, conforme al Plan de Dios. Contra ella han surgido varios errores en diversas épocas. El Sumo Pontífice Pío XI aclaró exhaustivamente la doctrina católica acerca de la educación, en un estupendo documento que deberían conocer todos los educadores y padres de familia, la Carta Encíclica "Divini illius Magistri".

Según la doctrina que profesamos los cristianos, el deber de enseñar compete primariamente y por naturaleza a los padres. El Estado tiene el deber de hacerlo supletivamente, no por derecho propio. Puede también obligar a educarse a todos los ciudadanos en edad escolar. Pero nunca puede dar una educación contraria a la voluntad de los padres. En esto radica la libertad de enseñanza, conquista de todas las sociedades libres, contra el monopolio de la enseñanza por parte del Estado totalitario, o sea el Estado docente que suprime esta libertad, una de las más esenciales y necesarias para el desarrollo de la persona y progreso de la sociedad.

Por último, compete a la Iglesia el sagrado deber de enseñar a los hombres las verdades reveladas por Dios, sus Mandamientos, su Evangelio y todo el conjunto orgánico que constituye la Religión Cristiana, en sus aspectos individual, social, expositivo, pre-

ceptivo y perfeccionador del hombre según el propósito divino, para su mayor gloria y para bien de toda la humanidad. Para esto le dio su fundador un precepto terminante: "Id y enseñad a todas las gentes. Predicad el Evangelio a toda creatura. Bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñadles a observar todo lo que yo os he enseñado". (Mat. 16, 15; 28,19).

Faltan escuelas, faltan maestros.

Todos lo saben, y nadie como la Iglesia sufre por los niños que quedan al margen de una suficiente educación. Fueron las primeras escuelas populares las que Ella abrió en misiones y parroquias y aún mantiene con duros sacrificios. Continúa siendo su anhelo: educación para todos.

Un 21% de nuestra población chilena es aún analfabeta. Sin embargo no es la peor la ignorancia de las letras y de los números. Educar el juicio, educar las costumbres, educar los sentimientos, esto requiere almas de maestros, profesores no sólo en cantidad sino en calidad.

Para ser profesor no basta enseñar a leer y escribir, con algunas asignaturas más. Hay que tener vocación y profesión.

No importa que la escuela no funcione en un moderno edificio —vivimos en un país pobre— basta que cumpla las condiciones requeridas; la riqueza de la escuela es un maestro, una maestra que tiene vocación de tal, que vive para enseñar a sus alumnos, a quienes ama, de quienes se siente responsable, cuyo amor es su escuela.

Gabriela Mistral traza el ideal de la maestra cuando dice:

La maestra era pura. Los suaves hortelanos
Decía, de este predio, que es predio de Jesús,
Han de conservar puros sus ojos y sus manos
Guardar puros sus óleos para dar clara luz.

La maestra era pobre, no enjoyaba su mano,
Y era todo su espíritu un inmenso joyel.

Para los Maestros de Chile dejó escritos además, su "Decálogo del Profesor", y su "Oración de la Maestra".

Felices los niños que han encontrado en sus tiernos años profesores con personalidad.

Después de un hogar bien constituido, con padres virtuosos, nada es tan de desear para los niños como profesores que cumplen los ideales de la educación con amor y dedicación.

Hemos compartido durante largos años las jornadas de trabajo abnegado de muchos maestros rurales que nos han dejado edificados por su virtud. Hemos sido testigos de sus privaciones y sacrificios. Estamos convencidos que el país tiene para con ellos contraída una gran deuda. Pero también quisiéramos que sus méritos fuesen mejor retribuidos.

Volvemos a hacer un llamado a la juventud idealista de nuestros establecimientos secundarios para que una vez descubierto el ideal de la educación y percibida la vocación de maestros, se preparen científicamente e ingresen al Magisterio para ser apóstoles de la educación de nuestros niños.

Enseñanza Religiosa.

Para cumplir su misión, la Iglesia tiene como deber esencial la enseñanza de su Doctrina en toda su amplitud. Enseñar no es imponer, sino exponer. Li-

bres son los hombres de aceptarla o rechazarla. Como libres son también de querer salvarse o condenarse.

La tarea más llena de dificultades para la Iglesia es precisamente ésta, porque un cúmulo de obstáculos le sale al encuentro, no siendo el menor aquel que señalaba Cristo en su Evangelio: "Los hombres amaron más las tinieblas que la luz", (Juan, 3,19).

Faltan sacerdotes, faltan maestros de Religión, faltan padres de familia que cumplan con el grave deber que su Religión Cristiana les impone de procurar a sus hijos enseñanza religiosa.

La ignorancia religiosa es hoy en Latinoamérica una de las mayores causas de los conflictos en que se debate.

Ella es peor que el subdesarrollo económico, porque en un país donde reina un cristianismo vigoroso, por pobre que sea, habrá bienestar, no el que proviene de las riquezas, sino el bienestar que proviene al hombre y a la sociedad de la justicia y de la libertad, de la fraternidad y la igualdad por la caridad, y demás virtudes individuales y sociales que son herencia de Cristo a la sociedad cristiana.

La ignorancia religiosa de nuestro pueblo adquiere un carácter crónico y nefasto en nuestra amada Provincia de Osorno.

Un porcentaje avergonzante de cristianos bautizados, que quieren permanecer cristianos y católicos, no saben rezar, ignoran el Evangelio, no conocen a Jesucristo, no tienen ideas claras sobre el Sacrificio de la Misa, no saben recibir los sacramentos. Resultado: se apartan de la Iglesia, la desconocen, la critican, hasta la atacan y calumnian. Son su desprestigio, porque juzgan, los de afuera, a la Iglesia según sus hijos, los que en su mayoría **NO SABEN** lo que significa ser cristianos, ser católicos.

Nunca tuvieron enseñanza religiosa, o la tuvieron incompleta, insuficiente.

¿Cómo se presenta el porvenir?

Tenemos en nuestra Provincia 220 escuelas primarias. En ellas hay 562 cursos, con un total de 17.348 alumnos. Sólo se hace clase de Religión en 47 escuelas a 103 cursos. O sea, sólo un 17,3% de nuestros niños católicos aprenden los fundamentos elementales de la Religión.

Si hablamos de enseñanza secundaria, el panorama es el siguiente: hay 17 colegios secundarios y liceos, con 102 cursos. Se hace clase de Religión a 47 cursos. Y lo que es más lamentable, el programa oficial de la Enseñanza secundaria CARECE de clases de Religión. Cuando al terminar la infancia, el niño y la niña ingresan a la juventud, adquieren conciencia de sus capacidades, empiezan a usar su libertad personal y a orientarse en la vida, entonces se les suprime el conocimiento proporcionado de las verdades eternas, del alcance de la Ley de Dios, y de la Iglesia, del Evangelio, la Historia de la Iglesia, su Doctrina Social, los sacramentos, los deberes de estado, el significado del Reino de Dios. Triste espectáculo el de una juventud estudiantil que considera a la Religión como cosa propia de niños chicos.

Mas aún, en más de algún curso de Enseñanza Primaria y Secundaria se hace oficialmente mofa de la Religión, con grave perturbación espiritual para los alumnos católicos. Uno de los pecados que claman al cielo, denunciado públicamente por Jesucristo en el Evangelio es el escándalo: "Al que escandalizare a uno de estos niños que creen en mí más valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar". (Mat. 18,7).

Si nuestra Patria deja de ser cristiana, tendremos un pueblo de esclavos.

Nos faltan sacerdotes para el magisterio, profesores de religión, catequistas.

Con razón se hacen estrechas las aulas de nuestras escuelas y colegios católicos, en donde se garantiza una enseñanza gradual e intensiva del ramo más importante para la vida del individuo y de la sociedad, la Religión.

En los Estados Unidos no hay para los niños católicos otras escuelas ni colegios en cuestión sino los establecimientos de la Iglesia. Florece la Fe en la familia, sacerdotes y religiosas no faltan, las costumbres entre católicos son conformes a la Fe, reina la justicia, la libertad, la caridad y la honradez. Toda la civilización occidental es producto de la enseñanza de la iglesia. Suprimida ésta, se desmorona aquélla.

Llamado a las conciencias: Aprender, Enseñar.

¿Qué hacer ante el panorama tan vasto e inquietante del porvenir cristiano de nuestros niños?

¿Se escuchará por los responsables del rebaño la voz del pastor?

Sí. Estamos ciertos.

Ya hemos obtenido, hace tres años, el establecimiento de los Religiosos de la Compañía de Jesús en nuestra Diócesis, los maestros más eximios con que cuenta la Iglesia.

Hemos gravado nuevamente la conciencia de nuestros sacerdotes y religiosas acerca de sus deberes de enseñar la Religión. Sabemos que están agotados con tareas superiores a sus fuerzas y a sus posibilidades. En ninguna parte se les exige tanto como entre nosotros.

Nuestros párrocos de campo recorren con un esfuerzo inmenso, invierno y verano el mayor número posible de escuelas a su alcance.

Ni de lejos bastan sus esfuerzos para dar cumplimiento a este sagrado ministerio, que es desproporcionado por su extensión a su rendimiento.

Queremos en esta ocasión hacer un llamado a la conciencia de padres y madres, y de todos los educadores cristianos de nuestra niñez y juventud para que conciban a fondo sus responsabilidades en este aspecto cuya trascendencia es imposible posponer. Y conozcan su Religión para enseñarla.

Queremos solicitar a todos los profesores cristianos un esfuerzo por poner en su enseñanza el carácter de tales, por cumplir con las clases de Religión y Moral que los programas oficiales establecen. Les ofrecemos material didáctico en nuestro Oficio Diocesano de Educación Católica.

Queremos solicitar la colaboración de profesores y profesoras de Religión y Moral equipados con conocimientos pedagógicos de Religión para que tomen a su cargo las clases que les sea posible y permitido.

Queremos que nuestros Colegios católicos se conviertan en semilleros de apóstoles de la enseñanza cristiana, de la labor social, de vocaciones apostólicas, sacerdotales y religiosas.

Queremos, en fin, que se organice, junto con el Oficio Diocesano de Educación Católica una verdadera cruzada de enseñanza religiosa en toda nuestra amada Diócesis.

Nos alienta a tener confianza el interés y la docilidad de tantos fieles que han escuchado ya nuestro llamado, o están dispuestos a escucharlo y a ponerse en acción en bien de nuestros niños.

Para ellos, y para todos vosotros, amados feh-

greses, imploramos la fecundidad sobre la labor em-
peñada, y un premio imperecedero para vuestros me-
recimientos.

En prenda de lo cual os impartimos nuestra ben-
dición episcopal.

† FRANCISCO VALDES S.

Obispo de Osorno.

Osorno, Cuaresma de 1962.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



